

antárticas, es el ofrecido por la caza de ballenas y otros animales marinos, que tienden a desaparecer.

Al finalizar su obra, enumera las distintas declaraciones de soberanía sobre los territorios antárticos, siguiendo un orden cronológico, hasta llegar a Chile y Argentina.

Al referirse a estas últimas naciones, dice que "han planteado con firmeza sus derechos sobre el cuadrante americano o de Weddell, siendo justo reconocer que sus argumentaciones se basan en antecedentes jurídicos, históricos y geográficos sin duda superiores a los de las demás naciones que se atribuyen derechos sobre el mismo sector" (86).

Cita luego la fundación, por parte de nuestro país, del gran observatorio meteorológico y geofísico en la isla fueguina de Año Nuevo, las facilidades que se proporcionaron al Dr. Charcot y el convenio con Bruce sobre la transferencia de las instalaciones de las islas Orcadas del Sur. Trata la creación de la única oficina postal antártica que ya entrará en su octavo año de funcionamiento regular. Actos así, mantienen y afianzan cada vez más la ocupación argentina en el lejano retazo del patrio solar.

Termina su trabajo alabando el excelente mapa editado por el Instituto Geográfico Militar y señala que el incentivo principal que guía a las naciones en sus presuntos derechos, es la existencia de considerables riquezas minerales hasta hoy inexplotables; pero desea sinceramente, como todo buen argentino, "que las expediciones que se están realizando en estos momentos contribuyan a solucionar por las vías del derecho estos problemas políticos, delimitando con justicia las respectivas áreas soberanas" (86).

ANNA TINELLI

LA EPOPEYA DEL CAPITÁN SCOTT - Por *Robert F. Scott*. - Traducción del inglés por Juan Carlos Foix, Buenos Aires, Ediciones del Tridente, 1945.

Una modesta edición sirve en este caso de vehículo difusor a una de las hazañas más extraordinarias y conmovedoras de la humanidad: la expedición del capitán Scott a la Antártida, que culminó con el arribo de éste al polo sur el 17 de enero de 1912 y en cuyo trágico regreso encontraron la muerte todos los integrantes de la misma.

La obra consiste, simplemente, en la transcripción del diario de viaje del capitán Scott, precedido de una noticia preliminar donde se indican los preparativos de la empresa, los componentes y una sumaria información de los episodios que antecedieron a la realización del objetivo esencial: la conquista del polo. La breve presentación pone de manifiesto que no fué ésta una expedición de índole deportiva, sino que perseguía también finalidades científicas.

El primer capítulo detalla la marcha a través de la Gran Barrera, iniciada el 1 de noviembre de 1911. En esa fecha se pone en camino la caravana, doce hombres en total, de los cuales sólo cinco, seleccionados

progresivamente por el jefe, alcanzarían la meta ansiada. Día por día relata Scott las vicisitudes del trayecto: la ida, difícil pero llena de esperanzas; el regreso, erizado de dificultades y desaliento.

Tras dos meses y medio de rudo y sacrificado andar, alentados por la ilusión de arribar antes que nadie al polo, les atribula el hallazgo de las huellas de Amundsen. No son los primeros, pero la hazaña ha sido cumplida. En la vuelta, las dificultades se suman para hacer de aquello una lucha desigual contra la inmensidad desolada, el mal tiempo y la adversidad. El diario cobra cada vez mayor fuerza emotiva y su redactor, consciente de que la muerte los aguarda inevitablemente, tiñe las últimas páginas con un mensaje que trasciende ese círculo mortal que los envuelve para llegar, en lenguaje sereno y valeroso, a los suyos, tan lejos e ignorantes de los padecimientos que soportan. El 29 de marzo de 1912, stampa en las últimas líneas: "Ya toda esperanza debe ser abandonada. Esperaremos hasta el fin, pero nos debilitamos gradualmente; la muerte no puede estar lejos".

"Es espantoso; no puedo escribir más". Y concluye: "Por el amor de Dios, ocupaos de nosotros".

Completan el libro, además del diario de viaje, algunas cartas escritas por Robert F. Scott en sus últimos momentos y un mensaje al público en el cual señala las causas del desastre, que atribuye, no a una defectuosa organización, sino a la adversidad, a las circunstancias imprevistas que desbarataron los planes previamente fijados.

Finalmente, sirve de epílogo al texto, una comunicación sobre la búsqueda y hallazgo de los cadáveres de Scott y sus camaradas, realizada por una comisión que encontró su mensaje, sus cartas y su diario, documentos todos impregnados de una cristiana resignación y un valor sereno, que fluye en aquella recomendación postrera: "Enviad este diario a mi viuda".

La medida ejemplarizadora de esta epopeya vaciada en letras de molde, excede a todo cálculo. A través de ella el lector toma contacto con la dimensión superior del hombre, con el valor supremo de su libertad, esa libertad que permite al ser humano disponer de su vida y elevarla por sobre su propio instinto de conservación. No es otra enseñanza la que surge del sentido con que Scott y sus compañeros de la emergencia socorren a Evans, moribundo, desaprovechando con ello un tiempo que quizá resultó indispensable para evitar el destino que les esperaba; o aquella acción de Oates, cuando marcha solo hacia la muerte, y brinda así su vida para que sus compañeros tengan la posibilidad de salvarse, abandonando el lastre que él, impedido físicamente, significaba.

La hazaña de Scott pertenece a la humanidad en sentido lato; es una muestra de la erguida tarea de ser hombre, lo que justifica las palabras con que se cierra el libro: "Que no la cumplieron ni la dieron sólo en honor de su país, sino en honra del hombre".

MARIANO ZAMORANO